

Seré Isla

Juan García Larrondo



ANG=LA
TORRIJOS

Personajes

ISLA
VOCES

ISLA está rodeada de mar, pero su corazón y su casa son el esqueleto de una inmensa caracola que vino a abandonarse a sus orillas. Respira el océano en calma. ISLA está sola y perdida en la inmensidad de un sueño del que no puede despertar y, en tal sopor de somnolencia, la vemos emerger de las aguas cargada con una gran concha en la que hay un pez dando volteretas.

ISLA es hermosa. Sus pechos, recién nacidos y coronados en forma de estrellas, están erguidos y rebosantes de la primera juventud. En su larga cabellera viven miles de rémoras, pequeños crustáceos, erizos y corales que, tan sólo bajo el mar, se dejan ver en su habitual colorido y esplendor. Cuando ISLA sobresale a la superficie, todo su microcosmos marino se apaga y se reseca, casi dejando de existir, pero aún se despiden por sus hombros varias anémonas y un retrasado camarón. Su cola está bien conservada, casi sin cicatrices de las hélices o los escollos, pero está llena de lapas y parásitos adheridos que ella, durante horas y no sin dolor, muerde para desincrustarse.

Desde hace ya algún tiempo, ISLA está inquieta y preocupada. Con cierto temblor y remordimiento, saca el pez de la concha. Tras tragar saliva, cierra los ojos y abre su boca para comérselo... Mas no puede cometer el crimen. Lo vuelve a intentar...

ISLA: Perdóname, hermano. Pero tengo hambre. *(Muerde a su semejante, pero se lo arranca súbitamente de la boca.)* ¡Está bien, no grites! ¿Y qué quieres que haga? ¿Acaso tengo yo la culpa? Es la ley del mar, nuestra ley. Otro pez, más grande, acabará un día haciéndolo conmigo. ¡Pero no lo conseguiré sin lucha! *(Atiende al pez, aún en su mano, que le recrimina con sus coletazos.)* Ya... ¿Piensas que no preferiría un puñado de ermitaños o unas tiernas crías de medusa antes que devorarte hasta la espina? Sí, y también podría comerme los corales y las algas de mi cabeza, pero no quiero terminar calva... *(Angustiada.)* Está ocurriendo, pececillo, me estoy volviendo por dentro toda de coral. Ya, hasta nadar me duele, ¿sabes? ¡Parece que voy a quebrarme y a deshacerme en diminuta arenilla! ¿Será el hambre? No lo sé. Todo lo que antes comía, ahora me parece repugnante. Me sabe a agonía. Será quizás porque el fondo del mar parece un cementerio, un desierto de escombros y de caracolas vacías. Todo está yermo, gris, fosilizado... *(Mirando al océano.)* ¡Ese maldito continente que se acerca! *(Huele al pez.)* ¿Y tú qué has comido últimamente? ¿Alquitrán? ¿Urnas llenas de cenizas? Sólo náufraga basura, ¿verdad? *(Decepcionada.)* ¡Si pudiese al menos nadar hasta algún recóndito mar que aún no esté contaminado! Abrir mi boca, tragar el agua limpia, sin anzuelos ni sin trampas, y expulsarla por mis branquias llenándome entera de la vida microscópica... *(Desolada.)* ¡Ah, basta ya! *(Suelta al pez en el agua.)* ¡Vete y devuélveme algún día el favor que te hago! No sobreviviré si no dejo de ser tan sentimental... *(Resignada.)* ¡Cómo desearía dormir y despertar para descubrir que todo esto no es más que una pesadilla! El

continente se aproxima, todo se vuelve más pequeño, el mar ya no me quiere, ni me amamanta, y ningún banco de sirenas escuchará desde lejos mis lamentos... *(Grita hacia la caracola, suena un eco metálico.)* ¡Qué lamentable asistir a la extinción de tan mítica especie! *(Ríe.)* Pero ¿qué hago hablando así? *(Bordea su costa una bandada de gaviotas. Isla las observa, anhelante.)* ¡Gaviotas! ¡Eh! ¡Eh! ¿Adónde vais? *(Las gaviotas se alejan, desoyéndola.)* No me entienden... Creo que son las espías del reino de los suelos. Ellas le cuentan donde estoy: errante de mi propia naturaleza, exiliada en mi casa, sola, única, extraña, claro... saben que soy Isla. Sólo los pájaros y el viento conocen mi paradero y el futuro que me aguarda. La próxima vez que pasen me esconderé en mi caracola, así les será más difícil encontrarme. *(Dolida, a las aves.)* ¡Arpías! Ni siquiera un diminuto excremento que llevarme a la boca me habéis dejado. ¡Ay, si yo tuviera alas en lugar de aletas! Pero lo que sí tengo es mucho miedo. Y ese es el peor de los lastres: mi propia ancla atragantada. Tengo tanto miedo a intoxicarme si trato de alcanzar otros archipiélagos, tanto miedo a morir de hambre, o a ahogarme con mi sangre hecha salina en el istmo de mi lengua... Cada vez me cuesta más esfuerzo respirar, tragar la vida. ¿Tendré algún plástico en las branquias? ¿Alguna botella sin mensaje? *(Sufre una punzada en la espina de su cola.)* ¿Qué me pasa? ¿Cómo escapar de aquí? *(Se repone, suspira, impotente.)* ¡Qué más da! ¿A dónde podría ir? Huya hacia donde huya, siempre iré a encallar contra esos gigantescos farallones que se acercan... Son los dedos del continente: espigones de piedra que entran hasta aquí, hacia mí, rodeándome con sus uñas de fan-

go y sus manos afiladas. Desde la superficie aún no se le ve, pero, desde el fondo, oigo perfectamente cómo se acerca cada vez más formando un horrible tómbolo... *(Se acaricia el corazón.)* Justo aquí: donde antes escuchaba un fuerte latido multiplicado por toda la piel del agua, ahora solo oigo el ruido casi imperceptible de un reloj de arena. Y en el silencio, otra melodía distinta: rugidos de un Leviatán desconocido, aullidos de artilugios mecánicos, de extrañas máquinas... ¡Es eso! ¡El fragor del maldito puente que alguien está construyendo para llegar hasta aquí y petrificarme! ¿Pero por qué no puedo seguir siendo isla? *(Las algas de su pelo crepitan al tiempo que se eriza la superficie de la orilla.)* ¡Mmmm! ¿Qué es esto? ¿Euros o Pontos? ¡Viento! ¡Húmeda brisa! *(Casi incorporada sobre su cola, extiende los brazos.)* ¿No traerás hoy para mí ninguna exquisita semilla, ningún minúsculo manjar? *(Lo huele, se lame buscando nutrientes.)* ¡Viento que pasas! Mira que me siento tan sola... *(Lamento de ventisca por respuesta.)* ¿Te vas y no me dices nada? ¡Ah, claro! ¡Llega la bajamar! ¡Bendita tiranía de las mareas! Hasta el fin habré de cumplir con el rito. Sea, viento: haz sonar tu música que yo cantaré a los marineros la milenaria partitura. Sea mi voz el faro que les guíe o les confunda. Sea el bajío de mis pechos el túmulo donde vengan a morir o su bahía:

*Puedo ser de tu nao mascarón,
vanguardia, victoria alada.
Trazar descalza, rielar
con una estela de escamas
la luna de un mar de amor.*

*Puedo ser también desolación,
delirio o estigia pesadilla.
Ahogar tu balsa, devorar
con dentadura y mis agallas
la ruta de un mal de amor.*

*Puedo inundarte el corazón
o salvarte en mis orillas.
Puedo ser abismo, temporal,
bitácora o aciaga singladura,
pero al fin seré isla porque puedo.*

Llega, en efecto, la Bajamar. ISLA se queda dormida con su nana. Desde el interior de la caracola, surgen, casi distorsionadas, las voces de la realidad. Isla parece sufrirlas en su propio sueño.

Dicen las VOCES:

- ¡Espacio! ¡Con cuidado!
- ¡No hay quien aguante el olor!
- Es por la descomposición. Todavía no acabo de creérmelo. ¿Alguno de ustedes había visto antes algo así?
- Todo listo en el paritorio, doctor.
- ¿Cuánto tiempo dice que lleva muerta?
- Cuatro días.

- ¡Pobre mujer!
- El vehículo cayó al mar desde el puente y permaneció sumergida dentro de él todo este tiempo.
- Seguramente sintió que el parto estaba cerca y ella misma decidió conducir el coche para llegar al hospital.
- Con la criatura viva en su interior. ¡Jamás había oído algo parecido!
- Olviden el paritorio y preparen el quirófano.
- Por la madre no podemos hacer nada, pero a la niña aún estamos a tiempo de salvarla.

ISLA se despierta súbitamente. Tiembla, aunque no de frío. Las voces de su sueño desaparecen. La pequeña reptante hasta el labio de la caracola y se asoma a su interior, curiosa y asustada.

ISLA: ¿Salvarme de qué? ¿Quién habla? *(Despertando.)* Otra vez la maldita pesadilla, otra vez... *(Se acerca hasta la orilla, y se refresca con el agua.)* Pero ¿qué está pasando aquí? *(Llora.)* ¡Ah! El mar ya no nos quiere. Eso es. Todo está muriéndose dentro y fuera de mí. ¿Es que ya no queda nadie vivo? ¡Eh! ¿Hay alguien que me escuche? *(Fatigada. Se retuerce sobre su vientre.)* ¡Qué dolor! Tengo que comer, tengo que sobrevivir, tengo

que... *(Se detiene.)* Tengo que escapar antes de que el puente llegue hasta aquí. En algún rincón de esta caverna debe estar la resurrección, la salida, el océano infinito...

ISLA se arrastra de nuevo hasta la orilla.

ISLA: Descenderé hasta el fin del acantilado. Algún hipocampo quedará vivo para servirme de escolta y yo misma le cantaré la oración de los ahogados...

*Lo coronará Medusa
mar adentro al extranjero
van por delante dos tritones,
marina parca y un coro de burbujas.
A Océano ofrendan lágrimas de luna:
la suerte del náufrago marinero.
Hombre de agua.
Delfín de aire.
Salada espuma.*

ISLA se sumerge y desaparece. En ese momento se invierte la marea. Durante la ausencia de ISLA, las VOCES del exterior vuelven a surgir a través de la caracola.

Dicen las VOCES:

- Hay complicaciones. En la monitorización se aprecian trastornos del ritmo cardiaco.
- ¿Estamos perdiendo a la niña?

- ¡No lo sé!
- ¿Lista mesa operatoria?
- ¡Iniciando cesárea!
- El agua de mar se ha mezclado con el líquido amniótico. No sobrevivirá.
- Aspiren... ¡Aspiren!
- Si salvamos a la niña, éste será un caso histórico.
- ¡Vamos, vamos, vamos!

ISLA emerge de las profundidades. Casi exánime, se arrastra hasta la orilla de sí misma. Al salir del agua descubrimos que ha sufrido una metamorfosis. Sus cabellos marinos han desaparecido casi por completo y su exuberante cola ha empezado a descomponerse. De entre las escamas, sobresalen dos sangrantes piernecillas que, más bien, podrían ser los restos de una espina bífida. ISLA ha menguado. La marea, contra su propia naturaleza, también.

ISLA: ¡El mar se está secando por todas partes! Ya, ni siquiera, he podido ver el cadáver de Ulises. Ha desaparecido. Y con él, los restos del «Argos» y sus tesoros. Ha llegado hasta aquí. El continente ya ha empezado a convertirme en contenido... *(Descubre su cola destrozada, y el estado de sus cabellos.)* Nunca más volveré

a cantar a los bienaventurados ni a los corazones perdidos. Una mitad de mí se está muriendo. Precisamente la que más me gusta. ¡Ay, cómo duele la mortalidad! *(Se arranca los fragmentos de su cola.)* ¿Quién me dio esta libertad para encadenarme con ella luego? ¿Quién me dio el don de la música si jamás acunaré la agonía de ningún argonauta? ¿Quién me abandonó en este nadir si yo debía ser Isla Afortunada? *(Del interior de la caracola surgen violentos sonidos metálicos. ISLA se asusta. Trata de incorporarse, aunque le resulta doloroso hacerlo sobre sus piernas.)* ¿Quién eres? ¿Quién está ahí? ¡Fuera de mi casa! *(Llora.)* Son ellos... Ya llegan. Vienen atravesando el puente. ¡Pero yo quiero ser isla! *(Desesperada, trata de volver al pasado, pero todo ha desaparecido.)* ¿Dónde está el mar? Un tentáculo de tierra me asfixia... Yo quería ser eternamente joven y, ahora, envejeceré y tendré que apoyarme sobre frágiles corales. ¿Es esto despertar? Si, al menos, hubiese renunciado a todo por amor... *(Se ilumina. Sonríe.)* Aunque, quizás... todavía... ¡No me cogerán sin lucha! *(Activa, cada vez más infantil, se encamina hacia la caracola.)* ¡Canta Isla! Aunque seas niña, canta y atrae a los navegantes hasta las rocas sumergidas de tu Atlántida. ¡Canta Isla!

ISLA, temblorosa, entra cantando en su caracola. Todo se vuelve de un abisal oscuro mientras el interior del molusco se ilumina dejando ver tras sus paredes un laberíntico interior en el que fluyen los latidos de otra vida igual de líquida.

Desde el Mar dicen las VOCES:

- ¿Está viva?
- Hay latido. ¡Confirmado! La niña vive.

Se oyen los palmoteos sobre el bebé.

- Parece que se ha alimentado en parte de las últimas reservas de la madre.
- ¡Huele a mar! ¿Notáis cómo huele a agua salada? ¡A maresía!

La cría, por fin, llega al mundo como todos los demás, llorando.

- ¡Bienvenida, pequeña!
- Es un milagro. ¡Como una Venus nacida de las aguas!

Sonrisas. Los llantos del bebé se confunden con el susurro de unas olas. Tras unos momentos de silencio:

- (Riendo.) ¡Es una sirenita preciosa! ¡Deberían ponerle el nombre de «Marina»!, ¿no os parece?

Risas y arrumacos.

Y mientras, desde ultramar, aún canta la sirena:

ISLA: Mira Orfeo lo que tañe mi lira:

*Imprudentes, los hombres,
entre sí se multiplican
penando la inasible eternidad.*

*Pero oye, Poseidón, el aire de mi flauta:
Ignorantes, los hombres,
a sí mismos se devoran
sin alcanzar la orilla del consuelo.*

*Mira que les venceré con mi canción,
que sabe de sueños perdidos.
Me erguiré sobre mis pies de agua
y triunfante volveré.*

*Los balbuceos de ISLA y las VOCES van desapareciendo
mientras se funden con el suspiro del océano, nuevamen-
te en calma. Profundo oscuro y telón en picado hacia el
abismo.*

TELÓN